

incluso (como el «¡Ay, que rebrinquen!», de «Fotografía» y el «armas / la de collera», de «La consecuencia») acotaciones y explicaciones entre paréntesis para detener el ritmo del poema o para hacer una digresión que entretenga al lector con un motivo adyacente o distinto al principal, y tal capacidad de exploración / explotación del doble significado del lenguaje (ver el poema «En France comme si vous y étiez», titulado como un curso de lengua francesa habitual en los colegios de la década del 60) que convierten a su poesía en mina y campo de exploración / explotación de lectores atentos y de poetas perdidos.

Con *Poesía* (1979-1992), Botas queda reivindicado y su mundo poético, tan desconocido como sorprendente, al alcance del lector que desee encontrar un reflejo adecuado y un mundo divertido.

**José Luna Borge**

## La génesis de *Don Segundo Sombra*

**S**e conoce bastante bien la génesis de *Don Segundo Sombra*. Se sabe en particular el papel fundamental desempeñado por la nostalgia de la infancia, por el deseo de Ricardo Güiraldes de infundir nueva vida al mundo gauchesco que fue suyo en la estancia familiar

de La Porteña. Se sabe igualmente que el personaje de Don Segundo fue inspirado por un gaucho a quien Güiraldes admiraba, llamado Don Segundo Ramírez. Así y todo, ciertos aspectos de la génesis de la novela —biográficos y espirituales— no han despertado, a nuestro parecer, bastante atención y nos proponemos en este estudio subrayar su importancia.

La redacción de *Don Segundo Sombra* exigió a Güiraldes seis años de duros esfuerzos. Durante esos seis años, ocurrieron en su vida acontecimientos decisivos que alteraron sensiblemente su visión del mundo. Primero, la cruel enfermedad que le acometió en 1921 y precipitó su muerte en 1927. Luego, su conversión espiritual hacia 1922.

A partir del *Diario*, inédito, de Güiraldes, y de toda una serie de cartas de Adelina del Carril a Valéry Larbaud, podemos formarnos una idea relativamente precisa de los problemas de salud del escritor por aquellos años. El *Diario* y la correspondencia de Adelina del Carril han dado lugar a una reseña de Alberto Blasi de la que vamos a desprender algunos datos. A través de ésta nos enteramos de que, de 1921 a 1926, Güiraldes está a menudo enfermo viéndose obligado, en repetidas ocasiones, a seguir un tratamiento. El descanso prescrito por el médico incide en la redacción de la novela, demorándola. El siguiente comentario de Alberto Blasi merece ser apuntado pues pone énfasis en un elemento capital, la inquietud que inspiraba a Güiraldes su enfermedad: «*Salud física*, todo el *diario* ilustra la ansiosa preocupación de Güiraldes por su salud y ofrece datos concretos de índole terapéutica»<sup>1</sup>. Es de lamentar que el análisis del *Diario* se limite al período del 19 de marzo al 23 de mayo de 1923 mientras que el período cubierto es mucho más extenso, de 19 de marzo de 1923 a 16 de septiembre de 1924. Adelina del Carril, aun cuando alude a los problemas de salud de su marido, no parecía alarmarse. Al respecto, conviene también evocar una carta de Güiraldes a su cuñada, Delia del Carril, de septiembre de 1925, en la que evoca sus penosos sufrimientos. El desasosiego de Güiraldes ante su quebran-

<sup>1</sup> Güiraldes, Ricardo: *Don Segundo Sombra, edición crítica*, Paul Verdevoye, coordinador. [2ª ed.] España: Archivos, CSIC, 1991. (Colección Archivos, n°2), p. 254.

tada salud, ¿no le condujo a sentirse preocupado por la muerte? El sufrimiento físico que le agobiaba en muchas ocasiones, ¿no le predispuso a meditar en el tema del dolor? Son éstas preguntas que no dejan de surgir de una lectura atenta de *Don Segundo Sombra*<sup>2</sup>.

En efecto, llama la atención la relevancia de los dos temas en la obra. El dolor, físico o moral, se afirma como motivo central desde el principio hasta el final. Damos primero con el dolor del protagonista, de niño, al separársele brutalmente de su madre, hacia los seis años, para confiárselo a unas tías que no tardan en desinteresarse de él y abandonarle a su triste destino. Damos después con el arduo aprendizaje de resero, las pruebas del calor sofocante y de la lluvia torrencial en el primer arreo, las heridas en las manos de resultas de la doma del petiso. Significativamente, el primer cuento de Don Segundo pone en escena a un personaje llamado Dolores y el narrador no vacila en afirmar que el destino humano se inscribe bajo el signo del dolor hasta tal punto que: «Naidés empezaría el camino si le mostraran lo que le espera» (p. 85). Otras experiencias desgraciadas le esperan a Fabio, el protagonista, en particular la herida inferida por un toro, la humillación de ser rechazado por Paula, el fracaso en las carreras de caballos en las que se queda casi sin un real. Fabio se fija en que Don Segundo le aventaja por su insensibilidad ante el dolor, lo que le lleva a admirarlo aún más, consciente de su propia debilidad, de que sufre por cualquier motivo. La prueba más cruel ocurre al fin de la novela con la salida definitiva de su maestro, Don Segundo, concluyendo el libro con ese grito patético: «Me fui, como quien se desangra» (p. 227).

El tema de la muerte se mantiene con tanta presencia y, en cada caso, se asocia a una impresión de horror. Tal vez no es una simple casualidad si, simbólicamente, descubrimos tan sólo en el capítulo XV la primera visión horrorizada de la muerte. Se recuerda, en efecto, que, según el testimonio de Adelina del Carril, compuso Güiraldes los diez primeros capítulos de *Don Segundo Sombra* en París, en 1919, tras soñar con el proyecto durante varios años (O.C., p. 808), para apaciguar la nostalgia de su tierra. Según los datos disponibles, ningún síntoma de enfermedad afectaba entonces al novelista. En cambio, como lo advertimos ya, a partir de

1921, frecuentes problemas de salud aquejan a Güiraldes y, teniendo en cuenta el comentario anterior de Alberto Blasi, se puede conjeturar que, consciente o inconscientemente, la idea de la muerte le obsesionaba. Así se explicaría la recurrencia de la imagen de la muerte en *Don Segundo Sombra*. El capítulo XV, citado más arriba, es el famoso capítulo de los cangrejales en el que todos los seres vivos, hombres o animales, comparten igual terror, el terror de sumergirse en las ciénagas infestadas de cangrejos, condenados a una muerte atroz<sup>3</sup>. La misma tierra, en opinión del narrador, no se libra de un sentimiento de sufrimiento (p. 109). Mientras anochece, Fabio, abrumado por la angustia y la soledad, toma conciencia de la miseria de la condición humana: «Me dije que no éramos nadie» (p. 110). Le persigue la obsesión de los cangrejales, íntima, explícitamente ligada al pensamiento de la muerte, una muerte horrenda que, tal una pesadilla, se le impone a la imaginación<sup>4</sup>. El espectro de la muerte sigue rondando, en ese mismo capítulo XV, en la casa de Don Sixto en donde pasa la noche Fabio, una noche de espanto durante la cual Don Sixto intenta vana, patéticamente, apartar a la muerte que se cierne sobre su hijo. Aterrado, Fabio se siente paralizado, impotente y es Don Segundo quien, con la invocación del nombre de Dios, consigue sosegar a Don Sixto.

En el capítulo siguiente, una osamenta de que se nutren unos treinta caranchos, indiferentes a su podre-

<sup>2</sup> Güiraldes, Ricardo: Obras completas, Buenos Aires, Emecé, 1962, p. 783:

«—son las diez y media y estoy en cama. Me duele, me duele la espalda, a la altura del riñón derecho, donde me han dado la inyección. ¿Me duele? ¡Qué palabra familiar para mí!, pero por suerte en sordina, y además tener un dolor y vivir es la misma cosa. Hoy estoy tan bien que el puño de sufrimiento que me oprime, me oprime la espalda, es una presencia casi amiga.»

Las citas ulteriores de esta edición se presentarán de esta forma: O.C.

<sup>3</sup> Cf. también la evocación de la muerte de Miseria: «Y aura es que, en habiendo dejao el cuerpo pa los bichos...», p. 176.

<sup>4</sup> «No podía dejar yo de pensar en los cangrejales. La pampa debía sufrir por ese lado y ¡Dios ampare las osamentas! Al día siguiente están blancas. ¡Qué momento, sentir que el suelo afloja! Irse sumiendo poco a poco. Y el barrial que debe apretar los costillares. ¡Morirse ahogado en tierra! Y saber que el bichero le va a arrancar de a pellizcos la carne... Sentirlos llegar al hueso, al vientre, a las partes, convertidas en una albóndiga de sangre e inmundicias, con millares de cáscaras dentro, removiendo el dolor en un vértigo de voracidad», p. 110.

dumbre y a su olor pestilencial, de nuevo da miedo a Fabio, el miedo incoercible que se apoderaba de él, cuando pasaba al lado del cementerio, de noche (p. 8). El mismo motivo se repite, pocas páginas después, con el espectáculo de animales carcomidos por los gusanos o la sarna que inspiran asco o compasión (p. 124). La muerte está al acecho y la pampa se muestra despiada hacia los débiles.

En el capítulo XVII, recoge de nuevo Güiraldes la monstruosidad de la muerte fijando la mirada en los despojos de siete reses en los que se ceban millares de gaviotas y chimangos (p. 129) y manifestando expresivamente el terror y la desesperación de sus congéneres a la vista de las osamentas (p. 131). En el mismo capítulo, la impresión macabra queda reforzada por la vuelta, mucho más siniestra, del tema de los cangrejales. Esta vez, no son sólo cangrejos los que provocan la repulsión sino, más aún, un sinnúmero de arañas negras horribles que, a la puesta del sol, parecen «teñidas en sangre». La muerte, asociada a esas arañas, se concretiza bárbaramente poco después con la furiosa embestida de un toro con el que tiene que enfrentarse Fabio, con riesgo de la vida (p. 133-136).

En el capítulo XIX, herido Fabio, su pesadilla cobra la forma de un verdadero entierro, el entierro atroz de un muerto en vida<sup>5</sup>. Se repite esta idea de inhumación en el capítulo XXIV<sup>6</sup>. Simbólicamente, se cierra la novela con una imagen fúnebre<sup>7</sup>. Frente a la muerte, manifiestan Don Segundo y Fabio reacciones opuestas. Mientras el primero la contempla con indiferencia<sup>8</sup>, ya vimos que el narrador dista mucho de compartir la entereza de su maestro.

Los temas del dolor y de la muerte, tan importantes en *Don Segundo Sombra*, según se acaba de ver, no se relacionan sólo, verosímelmente, con la enfermedad de Güiraldes sino también con sus preocupaciones espirituales.

Entre 1922 y 1924, se verifica la verdadera conversión espiritual de Güiraldes, según se desprende de *El Sendero*, una de sus obras póstumas. Lleva *El Sendero* un subtítulo aleccionador: «Notas sobre mi evolución espiritualista en vista de un futuro» (O.C., p. 515). Este opúsculo, de unas veinte páginas, refleja la evolución espiritual del poeta durante esos años cruciales<sup>9</sup>.

Tanto en *El Sendero* como en otras dos obras escritas a partir de 1921 —los *Poemas solitarios* y los *Poemas místicos*— llama la atención del lector la recurrencia del tema del dolor. En los *Poemas solitarios*, la pieza con el número 9 corresponde perfectamente con la actitud estoica de Fabio. Del mismo modo, el poema número 10, en el que Güiraldes afirma su fe en sí mismo —en su fuerza, su voluntad, su valor— para aceptar los desafíos de la vida, revela hasta qué punto se ha proyectado el autor en su personaje novelesco por lo idéntico de los sentimientos. Igual comentario podría aplicarse a un verso de *Poemas místicos* en el que el poeta se dirige a Dios con esas palabras conmovedoras: «Resistencia a los dolores que tu mano me impone» (O.C., p. 512)<sup>10</sup>.

En las *Obras póstumas*, se plasman tan sólo en una ocasión los sentimientos de Güiraldes frente a la muerte: «Para mí, la idea de aniquilación post mortem de los materialistas, no es una tortura» (O.C., p. 539). Tal pensamiento parece hacer eco a la perfecta serenidad de Don Segundo ante la idea de perder la vida. A no

<sup>5</sup> «Todavía me anulaban dolorosos insomnios. Soñaba que me metían en un pozo, como poste de quebracho, y que apisonaban la tierra, haciéndome crujir los costillares y cortándome el diente», p. 148.

<sup>6</sup> «Mi caballo resbaló con las patas traseras y me fui, me fui como chupado por los infiernos, sin saber adónde», p. 198.

<sup>7</sup> «Me fui, como quien se desangra», p. 227. Cf. p. 208:

«Llegando al último, sentí que me acababa. Por fin nos retiramos dándoles la espalda. Todas las penas que me había dado para ser un resero de ley quedaban en mi imaginación como una montonera de huesitos de difunto.»

Cf. igualmente, p. 124:

«Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro... otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una sensación de muerte.»

<sup>8</sup> Cf. p. 196:

«De la muerte no voy a pasar, parecía ser el pensamiento de mi padrino, y la muerte ni me asusta, ni me encuentra arisco.»

<sup>9</sup> Tampoco pueden olvidarse las preocupaciones profundamente éticas de la revista *Proa*. En la declaración de intenciones del primer número —agosto de 1924— se insiste en la finalidad moral y espiritual de la empresa de regeneración cultural. A todos los colaboradores de la revista se les pide: «el fervor desinteresado por las cosas del espíritu», O. C., p. 647.

<sup>10</sup> Cf. también *El Sendero*, p. 524:

«He notado que el dolor físico, mientras lo vencemos con nuestra capacidad de resistencia, nos causa el placer de una victoria. El dolor que nos doblaba, que retira de nosotros el poder de resistirlo, es el que nos vuelve cobardes. Si en lugar de buscar siempre la disminución del dolor, consiguiéramos el modo de aumentar nuestra resistencia, hasta hacerla espectadora dominante del dolor, habríamos colocado a este último en la situación de instrumento de nuestro poder personal. El dolor nos haría crecer en lugar de disminuimos.»